



## El psicoanálisis es una ficción teórica

Helga Fernández

### I

Para dar inicio; aquí algunos párrafos, a la espera de que auspicien como diapasón de este texto.

***Que el psicoanálisis no sea una ciencia, esto es obvio, es incluso exactamente lo contrario. Esto es obvio si pensamos que una ciencia no se desarrolla más que con pequeñas mecánicas que son las mecánicas reales, y a pesar de todo hay que saber construirlas. Es precisamente por eso que la ciencia tiene todo un costado artístico, es un fruto de la industria humana, hay que saber hacer allí. Jacques Lacan, Palabras sobre la Histeria, 26 de febrero de 1977.***

*Cuando llamé primario a uno de los procesos psíquicos que ocurren en el aparato anímico, no lo hice sólo por referencia a su posición en el ordenamiento jerárquico ni a su capacidad de operación, sino que al darle ese nombre me refería también a lo cronológico. **Un aparato psíquico que posea únicamente el proceso primario no existe, que nosotros sepamos, y en esa medida es una ficción teórica; pero esto es un hecho: los procesos primarios están dados en aquel desde el comienzo, mientras que los secundarios sólo se constituyen poco a poco en el curso de la vida, inhiben a los primarios, se les superponen, y quizás únicamente en la plena madurez logran someterlos a su total imperio.** Freud, La interpretación de los sueños.*

*Para volver sobre el número, del cual puede sorprenderlos que yo haga un elemento tan evidentemente separado de la intuición pura, de la*



*experiencia sensible, no voy a hacerles aquí un seminario sobre Foundations of Arithmetic, título inglés de Frege, al cual les ruego referirse porque **es un libro tan fascinante como Crónicas marcianas, donde verán que no hay ninguna deducción empírica posible de la función del número (...).** Lacan, 28 de febrero de 1962.*

*Los espíritus mediocres reclaman una ciencia con un tipo de certeza que no podemos dar, una especie de satisfacción religiosa. Sólo las verdaderas mentes científicas, reales y raras pueden tolerar la duda, que está adherida a todo nuestro conocimiento. Siempre envidio a los físicos y matemáticos que se mantienen sobre una base firme. **Yo me sostengo, por así decir, en el aire.** Freud, carta a Marie Bonaparte, (Jones, E. 1953).*

## II

Me interesa, especialmente, la ciencia ficción, porque apuesto a que efectúe una curaduría del psicoanálisis o una clínica de obra. Pero si alguien no gusta de la palabra "cura" o no acuerda con la noción de "clínica", por favor, tome lo que digo en este sentido: una curandería<sup>1</sup> que nos alivie de ciertos males de dogmatismo contraídos (de pluma y lectura) a lo largo del tiempo.

Al transitar por sus mundos extrañados, la ciencia ficción revela la ficción inherente a toda teoría y la teoría subyacente a toda ficción; y, así, acerca la posibilidad de leer lo que sea que se lea, desde otra perspectiva y otra

---

<sup>1</sup> La relación y juego entre estas palabras puede leerse en *Curandería. Escucha clínica, performática y gualichera*, de Victoria Larrosa. Editorial heght.



posición que la convenida a partir del género. La ciencia ficción, en su práctica especulativa, revela que los escritos también son obras abiertas que se prestan a múltiples interpretaciones y nos recuerda que todo saber es un invento.

Es más evidente quizá, lo que intento señalar con “*dogmatismo de pluma*”, pero no lo que intento articular con “*dogmatismo de lectura*”. A continuación, dos ejemplos.

Hay quienes leen *Memorias de un enfermo nervioso*, de Daniel Paul Scherebrer, como el testimonio de un enfermo nervioso o como un documento técnico, efecto de la producción de una mente sinrazón atravesando su peor momento. Una clave de lectura que supedita a encontrar allí signos y síntomas de una estructura psicótica, tanto como a pasar por alto cualquier otro valor que se pudiera desprender de sus líneas.

La acción de curandería que propongo es leer y releer *Memorias* en contraste con textos literarios donde los protagonistas relatan su experiencia con el desarreglo de los sentidos. *Una temporada en el infierno*, de Rimbaud; *El matrimonio del cielo y el infierno*, de William Blake, y *Exégesis*, de Philip Dick. Una serie de textos con un tono, un color y una atmósfera que propicien liberarnos del prejuicio de que *Memorias* fue escrito por un hombre que quería mostrarle al mundo que no estaba loco y obtener el levantamiento de la tutela por parte del Tribunal.



Bajo este método de lectura, *Memorias* tal vez podría ser considerado una pregunta sobre el sentido donde el narrador trata de leer los signos que pueblan su vida; o tal vez un policial donde el sospechoso de homicidio es el Doctor Flesing y el investigador del crimen, la propia víctima.

Pero más allá de cuál sea la posibilidad y decisión de sentido a tomar, si efectivamente se lee *Memorias* no hay modo de hacer a un lado que el argumento que se cifra en una frase –«El alma humana está contenida en los nervios del cuerpo»– se expande en elaboraciones sucesivas, apoyadas en referencias eruditas, sostenidas con la convicción de un teólogo, de un acopiador de mitos o un novelista antiguo, de los que creían en la verosimilitud de las representaciones. De forma que, a partir de sus experiencias, y sobre todo de la escritura como experiencia, Schreber plantea hipótesis, las corrige o descarta, incorpora nuevas reflexiones y se rinde ante evidencias, por lo que modifica suposiciones que al comienzo parecían inamovibles.

La sistematicidad de su construcción y la coincidencia de la teoría de los rayos divinos con la teoría de la libido llevó a que Freud escribiera: *Queda para el futuro decidir si mi teoría contiene más delirio del que yo quisiera, o el delirio, más verdad de lo que otros hallan hoy creíble*. Pero, corriendo sólo un poco la semántica de los términos: ¿qué otra cosa evoca Freud en esta frase que aquí se nombra como ficción teórica?

Otro ejemplo de mal de lectura. Hay quienes en *Proyecto de una psicología para neurólogos*, leen a un Freud científicista, dispuesto a



extender el lenguaje técnico de la neurología a la psicología; a un positivista empeñado en comprender los misterios del alma con los conceptos de la biología, la física y la química; a un señorete ataviado de asepsia blanca dotando de neuronas y sinapsis a lo intangible. Cuando, si nos atenemos a los criterios científicos, hasta el más laxo de los epistemólogos aseguraría que esas páginas no fueron escritas por un espíritu riguroso, objetivo, un espíritu crítico, ni siquiera aunque haya tenido la intención de hacer neurología.

Entonces, quien lee en el *Proyecto* un texto cuyo autor se vale del dogma de las ciencias naturales, quizá no haga más que adjudicar a Freud su propio dogmatismo de lectura, o, en todo caso, sus ínfulas de subversivo/a, contraefectuando el giro freudiano y arrogándose.

La acción de la curandería propuesta para el caso es leer o releer *Proyecto* bajo la clave de la ciencia ficción, o bajo el corrimiento que este género acerca: la ficción teórica. Ir a dar con la tensión que se despliega en *Proyecto* entre la ciencia ficción y la ficción teórica. Contrastar y extrañar el *Proyecto* con *El hombre terminal*, de Michael Crichton; *Cromo*, de Sergio Chejfec; *La historia de tu vida*, de Ted Chiang o *Aprendiendo a ser yo*, de Greg Igan. Porque, después de todo, ¿*Proyecto de una Psicología para neurólogos*, no está más cerca de la ciencia ficción que de la ciencia? ¿Acaso no es posible escuchar ahí, o escuchar también, a un hombre que en contacto con el vocabulario y la formación que cuenta, toma los significantes que tiene a mano, y estira la significación apoyándose en la maleabilidad viscosa y blanda de las palabras? ¿El *Proyecto* no puede ser leído como un texto que escribe un



desplazamiento y no una restitución, que compone y sostiene un rodeo, un desvío, un movimiento, donde el lenguaje es menos una totalidad cerrada sobre sentidos ya dados, establecidos, que extensión abierta a la exploración continua? ¿No puede ser considerado un texto que pone en acto el derecho a no renunciar a delirar, a salir de curso, pero al mismo tiempo, a exponer las condiciones que hacen viable ese decurso, demarcando las insistencias, los retornos, lo que se lateraliza? Más aún, ¿el *Proyecto*, o incluso *Más allá del principio de placer*, no pueden ser leídos como una fantasía de carácter científico o como el producto de una imaginación razonada? ¿No es factible, acaso, escuchar que cuando Freud habla de neuronas, de energía ligada, de vías de contacto, de facilitación, de experiencia biológica, de maduración, está manipulando y siendo manipulado por aquello que Barthes llamó *figuras (extraños seres verbales que surgen en un acto concreto de leer, en un movimiento, donde la fuerza, material y plástica, se expone en un pliegue singular)?*

Tildar de biologicista a Freud, porque la materialidad de algunas de sus metáforas es la neurología, tal vez sea homólogo a pensar que porque se adelantó a la invención del helicóptero, Julio Verme era ingeniero aeronáutico. O que como Max Weber tomó el concepto de carisma de la teología cristiana, era religioso. O que como Manheim hizo uso de la palabra constelación, propia del vocabulario de la astrología, era esotérico. O, concédanme el exceso, que como Nick Land toma términos de superstición oscura es El Anticristo.



Si con estos dos ejemplos pude hacerme entender con lo que intento expresar con *dogmatismo de lectura*, por contrapartida, se explica mejor aún el *dogmatismo de pluma* ya dado por supuesto desde el comienzo.

### III

En conclusión, la ficción teórica tiene la ventaja de volver sobre el supuesto del saber y entonces sobre el sujeto supuesto saber. Presentifica que desde las matemáticas, al poema, a la física cuántica y al psicoanálisis, no hacemos más que ficcionar, especular, zozobrar. Suelta de amarras y forzamientos, tanto en la lectura como en la escritura. Ofrece, ya no teorizaciones monofónicas, sino el movimiento de un pensamiento en su constitución; de un pensamiento infiltrado de fantasmas, sueños, y enunciados contradictorios. Recuerda que existen los pensamientos inconscientes. Permite que nos rehuesemos a afirmaciones unívocas, o en todo caso propicia considerar que toda afirmación es frágil, desmedida y percedera. Desborda las oposiciones dualistas (mente/cuerpo, material/inmaterial, sujeto/objeto, objetivo/subjetivo) sin por esto aplastar su heterogeneidad, sus diferencias de planos, de ritmos, en una gran homogeneización.

La ciencia ficción y la ficción teórica podrían considerarse como un *topos utopos*, o en *topos distópico*, dislocado, en donde “ficción y teoría, enemigas,” o “ficción y ciencia, en las antípodas”, encuentren un espacio donde repetición y deseo, precisión y poesía, sentido y sonido, rigurosidad e invención, y, ecuación y dibujo, hacen sinergia. Más aún: podrían ser un modo de escribir que no hay relación sexual.